

momento histórico en que el Islam y el Occidente, que hasta entonces habían colaborado, *velis nolis*, en la vida cultural, se separan definitivamente, hasta casi nuestros días, cuando el renacimiento del Islam y del mundo árabe abren de nuevo otro capítulo de la historia universal.

M. CRUZ HERNÁNDEZ

Catedrático de la Universidad de Salamanca

Intervinieron en el diálogo los PP. Muñoz y Rivera de Ventosa.

A continuación leyó su comunicación el Profesor de la Universidad de Zaragoza D. Joaquín Lomba sobre el siguiente tema:

LA ESTÉTICA DE IBN HAZM Y «EL LIBRO DEL BUEN AMOR»

Un análisis detenido del pensamiento estético de Ibn Hazm de Córdoba, nos descubre un mundo de ideas que rebasa las conocidas hasta el momento y que se limitaban al breve capítulo 7.º del libro «Los caracteres y la conducta». En él se nos daba un elenco de categorías estéticas, circunscritas a la belleza puramente humana. Pero era preciso profundizar en el texto árabe, sacar el número mayor posible de consecuencias y contrastarlo con otros muchos, explícita o implícitamente estéticos de la obra hazmiana. Más aún, había que estudiar la idea de belleza en Ibn Hazm, en sus tres vertientes de belleza objetiva (humana y extrahumana), contemplación de la misma (sus efectos en el hombre) y, finalmente, el objeto bello en cuanto producido por el arte. Y todo esto, llevado a cabo sobre los mismos textos árabes y con criterio filosófico.

Ante los hallazgos que este análisis nos proporciona, surge inevitablemente el recuerdo de una filosofía de la belleza y el amor encarnada en nuestra literatura occidental cristiana de la Edad Media y del Renacimiento. Ya se habían detectado semejanzas y posibles influjos del mundo islámico (concretamente hazmiano) no sólo en el ámbito de los orígenes de la lírica pero aun en el del nacimiento del «amour courtois», el «dolce stil nuovo» y en obras como el «Breviari d'amour» de Matfre Ermengaud, el «De amore libri tres» de Andreas Capellanus, la «Ley d'amors» de Guihem Molinier y otros, que tendrían un paralelo musulmán, posiblemente en el «Collar de la Paloma» de Ibn Hazm. Pero esta semejanza y aun posibles influjos de lo islámico en la Europa Cristiana, no se salían apenas del campo literario. Era preciso ahondar filosóficamente en el problema y penetrar lo más posible, en primer lugar, en el pensamiento estético de los autores musulmanes. Con esta nueva perspectiva, es posible que muchas semejanzas se acentúen y aun decidan en pro de la tesis

de los influjos. Pero también pudiera ser que en ciertos casos, el paralelo fuera más bien literario que de contenidos, y entonces, sin necesidad tal vez de renunciar al influjo islámico, nos encontraríamos con una corriente musulmano-cristiana, más de superficie que de fondo.

Uno de estos influjos de Ibn Hazm en el Occidente cristiano español, fue ya detectado por Américo Castro en su libro «España en su Historia», donde afirma que «El libro del Buen Amor» del Arcipreste de Hita «sigue las líneas directrices del «Collar de la Paloma» como a su indudable «fuente efectiva» (1).

Queremos aquí seguir y puntualizar la investigación de Américo Castro, profundizando en el sentido arriba indicado del contenido filosófico. Ello nos permitirá precisar con más justeza la índole del paralelismo y, aun tal vez, del supuesto influjo; y nos llevará además a un conocimiento más profundo del pensamiento hazmiano, cuanto nos permita la extensión de este trabajo. Interesa conocer la filosofía hazmiana, pues muy bien pudiera ser además de representativa de la España musulmana del s. XI, de un poderoso influjo en la Europa Medieval.

Sin duda alguna se trata de dos obras dedicadas íntegramente al mismo tema: el amor. Ambos autores se lo propusieron explícitamente desde el comienzo y fueron volcando hasta su última página, pensamientos, anécdotas y poesías, dedicadas al objeto que se proponían. Sin embargo, todavía en el estrato más cortical de su forma» externa, ya nos encontramos con una marcada diferencia de enfoque. Se ha afirmado por la crítica, sin dejar lugar a dudas, que los dos libros tienen una finalidad moralizante. Oigamos cómo cierra el Arcipreste su obra:

«De la santidad mucha es muy grand licionario
mas de juego e de burla es chico breviario
por ende fago punto e cierro mi armario
séaos chica burla, solaz e letuario» (1632)

En efecto, cuantas historias, consejos y pensamientos de amor ha dado, no son más que «muy gran licionario», «breviario» y «letuario». Responde perfectamente al espíritu de todo el conjunto, donde podemos hallar innumerables alusiones morales, aplicaciones y sentencias. Es una obra de moral amatoria, que dirigida al pueblo, adoptó la forma humorística que podemos percibir en todas sus páginas y que en los versos citados se explicita en boca de su autor.

(1) AMERICO CASTRO, «España en su historia», Buenos Aires, 1948 pp. 410 y 414.

En el fin primario, en cambio, del «Collar de la Paloma», no es el moral sino el de hacer una descripción objetiva del amor: lo ético podrá desprenderse como consecuencia (muy natural como veremos), pero no se constituirá en objetivo. Oigamos lo que nos dice Ibn Hazm en el mismo comienzo del libro: «Me has pedido que componga para tí una risala, en la que pinte el amor, sus aspectos, causas y accidentes y cuanto en él y por él accede». Su propósito de objetividad se cumple en cada página lo mismo que el de moralidad en el Arcipreste. Las aplicaciones morales de Ibn Hazm sobre el amor, no serán más que un aspecto, un sector, que deberá exponer al igual que los otros, aunque subrayándolo un tanto por su condición de creyente musulmán. Califica, por otro lado, el tema unas líneas más adelante como de «liviano» y, sin embargo, notable contraste, no lo trata con humorismo; más aún, condena expresamente toda clase de bromas cuando se tratan temas como éste¹. Ibn Hazm y el Arcipreste se dan cuenta de lo ligero del asunto que manejan; pero mientras éste lo resuelve en humor, en ocasiones populachero, aquél, desterrando la broma, hace que cristalice en una tonalidad poética, elegante, aristocráticamente refinada. Es que el musulmán y el cristiano pertenecían a dos mundos estéticos y sociales completamente distintos.

La elegancia estética del uno y la alegría chocarrera del otro nos podían poner ya en contacto con la mentalidad íntima de cada uno de los dos en torno al amor. Pero hay un camino mucho más real y significativo para llegar a ese fondo.

Abordando ya el tema mismo en su médula, nos sorprende en ambos el carácter necesitante que asignan al amor. Los dos, Ibn Hazm y el Arcipreste, comienzan sus obras de manera similar, subrayando que el fenómeno «amor» es absolutamente necesario y universal. El castellano alude a que el hecho de buscar el hombre a la mujer por el amor es «de natura» y de manera ineludible,

«Como dize el sabio cosa dura e fuerte

es dexar la costumbre, el fado e la muerte:

la costumbre es otra natura ciertamente

apenas non se pierde fasta que vien la muerte». (166)

Es algo similar a lo que hace Ibn Hazm: «El amor es de tal manera irresistible, que ni los mismos santos y profetas se vieron libres de él»². El de Hita no recuerda ejemplos de prohombres que cayeran en los lazos del amor, pero sí subraya su universalidad y necesidad, fijándose que aun los mismos animales se ven arrastrados por él.

(1) Collar de la Paloma. Ed. García Gómez. Madrid 1952. c. XIII, p. 128.

(2) Coll. Pal., p. XXX, prólogo.

¶ Sería interminable la lista de paralelos entre los dos autores, en que los fenómenos de extenuación, pérdida de la razón, de la libertad, de cambios de carácter y aun de categorías estéticas, se suceden, en la mayoría de los casos, en el amante, constituyéndose en síntomas del amor. A veces puede establecerse la semejanza aun entre maneras de expresarse.

¶ Casi podríamos decir que bastaban estos paralelos, a pesar de la diversidad de enfoque (accidental, por lo demás) para pensar en que el «Collar de la Paloma» fue «fuente efectiva» de la obra del Arcipreste, a la que le marcaría las líneas directrices. Aún estableceríamos más comparaciones que nos confirmarían en esta conclusión, si no quedase por analizar el auténtico fondo filosófico. Todo cuanto llevamos dicho no pasa de la corticalidad literaria, aun habida cuenta del pequeño grupo de ideas que nos han presentado en común: la necesidad del amor, sobre todo, y los síntomas del mismo.

¶ Ibn Hazm y el Arcipreste, hacen una alusión, en el comienzo de sus libros, a la filosofía griega: el primero, a Platón y el segundo, a Aristóteles; mas sin citar ninguno de los dos explícitamente sus nombres. Y aquí empieza la diferencia de fondo. El Arcipreste hace su cita como argumento de autoridad, para subrayar la idea de la «necesidad» del amor. Ibn Hazm, en cambio, para refutar un aspecto de Platón, en pro de su propio concepto filosófico del amor, que en realidad se nos aparece como fundamentalmente platónico. Aquél, parte desde la primera página de una definición filosófica; mientras que éste, la ignora o la supone para limitarse a lo puramente fenoménico del «eros». Pero aun cuando logremos rastrear algún concepto metaempírico en el de Hita, no se podrá parangonar en modo alguno con el contenido filosófico del Cordobés. Es además significativa la dualidad de citas: en efecto, Ibn Hazm nos presenta una concepción platónica, heredada, en parte, por medio del «Libro de la Flor» de Ibn Dawud. El cristiano, por su parte, será deudor de una tradición aristotélico-escolástica, recibida de su formación y ambiente eclesiástico. Todo lo cual podría remontarnos a la concepción platónica y aristotélica del amor, de la que pudiéramos deducir la mentalidad de nuestros autores. Pero no es preciso: Ibn Hazm, al menos nos expone una teoría clara, explícita y personal del amor, que nos permitirá realizar el análisis desde los mismos textos.

¶ Nos define así el Cordobés al amor: «Difieren entre sí las gentes sobre la naturaleza del amor y hablan y no acaban sobre ella. Mi parecer es que consiste en la unión entre las partes separadas de almas que en este mundo andan divididas, en relación a cómo eran primero

en su elevada esencia; pero no en el sentido en que lo afirma Ibn Dawun. Dios se apiada de él cuando respaldándose en la opinión de cierto filósofo, dice que: son las almas esferas partidas, sino en el sentido de la mutua relación que sus potencias tuvieron en la morada de su altísimo mundo y de la vecindad que ahora tienen en el estado de su actual composición.¹

La teoría tiene profundas consecuencias que tiene precisamente relación con la estética. Al conocimiento de esa alma con la que misteriosamente nos hallamos relacionados, no se llega sino por el conocimiento de las formas físicas bellas, las cuales no son causa del amor, sino medio, aunque universal, del que éste nace: la única causa que se le puede asignar es la de las interrelaciones de las potencias y el reconocimiento de las mismas. Pero en tal caso, podemos preguntarnos qué es la belleza, las formas físicas bellas, según Ibn Hazm, o lo bello en general. En las categorías estéticas de «Los caracteres y la conducta» y en otros pasajes directa o indirectamente estéticos late un fondo común que podemos deducir fácilmente: la belleza, en su pleno sentido de la palabra *hosn*, no reside en las puras formas corporales.

Cuando sólo existe corrección formal (*qavvâm*) (tercera categoría estética), estaremos ante el ínfimo grado de belleza, aquél que nadie tiene por valioso: será un puro juego de relaciones armoniosas entre elementos físicos. Para que haya calidad estética, se requerirá algo más que formas (*sûra*); es preciso un contenido, un alma que se adapte a los accidentes corporales (*halvva*) (primer grado de belleza), o que brille al exterior (*bahâ'*) (segundo grado), o que ella misma tenga un «algo» que arrastre los corazones y por el que todos coincidan en juzgarla «bella» (*hosn*) (cuarto y supremo grado).

Pero la entrada del alma en el campo de la estética, nada tiene que ver con el papel que desempeña en el amor. Este exige unas relaciones mutuas con otra alma; la belleza sólo pone un «algo» en el alma del ser bello y que todos ven, enjuician y gustan.

Tanto el amor como la belleza, han quedado así elevados a un alto grado de dignidad, que no tiene nada que ver tampoco con el a veces apriorístico «sensualismo musulmán»: Ibn Hazm incorpora además todas estas ideas a las prohibiciones coránicas sobre la contemplación de rostros y figuras bellas femeninas fuera del amor. Sincero creyente, y dotado por naturaleza de una gran represión sexual (lo cual no repugna con el hecho de que estuviese varias veces enamorado y aun de que en tiempos hubiese tenido algún defecto

(1) Col. Pal. c. I. p. 80

—probablemente sexual— que él no dice expresamente), asimila estos principios ético-religiosos y los incorpora a su filosofía del amor y de la belleza.

Nos queda un paso más en este brevísimo resumen del pensamiento estético y filosofía del amor de Ibn Hazm: distingue perfectamente entre amor carnal y amor lícito y sano. Es una consecuencia de todo lo dicho anteriormente: amor lícito será aquel, que tras haber descubierto a su alma gemela por medio de unas formas físicas bellas, tiende a la unión espiritual con el ser amado y, consiguientemente y a manera de medio necesario para la fusión de almas, con el cuerpo. Por el contrario, amor carnal será aquel que viendo una figura bella (bella, aun por la acción de un alma dotada de un «algo») y no descubriendo en su interior un ser metafísicamente relacionado con su espíritu, se detiene en lo puramente corporal, contraviniendo las leyes y preceptos divinos.

Ibn Hazm, consecuente con sus ideas, reprueba dura y extensamente el pecado sexual: ensalza con entusiasmo la virtud de la castidad, proponiéndose a sí mismo en ocasiones como ejemplo de esta virtud. Ciertamente que su castidad no es la cristiana, pero aun en un orden puramente natural, muy bien pudo ser casto en su vida de matrimonio y aun habiendo tenido algunas caídas; se trata de una castidad opuesta al pecado y al pecado como hábito, como actitud ante la vida. Aboga por un amor puro, elegante, arrebatado pero lleno de dignidad y elevación: un amor que trae a la postre «alegría perpétua» (*as-surür-ad-dâ'im*), «alegría sin mancha» (*al-farah alladi lâ sa'iba*), «existencia perfecta» (*al-'ais as-saniy*), «colmo de las esperanzas» (*muntaha al-araji*), «vida renovada» (*al-hayât al-mujaddada*), expresión que, por su forma y contenido nos trae el recuerdo de la «*vida nuova*» de Dante, pues también el amor jasmiano está lleno de renuncia, sacrificio y dolor, a la vez que reporta una total renovación de la vida del hombre. Más aún, Ibn Hazm, llegada la hora de describir a una mujer bella, jamás alude detenidamente a sus formas físicas, extendiéndose en cambio ampliamente, en las cualidades morales, finura, elegancia, modestia, esquividad, etc... Es verdad que en algún pasaje se muestra especialmente crudo: pero de ningún modo morboso; si lo hace, es porque fríamente cree ser éste su deber, para confirmar alguna idea, para mostrar un ejemplo: es uno de los tantos aspectos objetivos del amor que debe describir como al principio se propuso y anunció.

Es en definitiva, el transplante del amor Udrí de Bagdad en al-Andalus, que reportaba una estética, una literatura, un ambiente so-

cial y un modo de amar aristocráticos, de elevadas miras, alejados de lo vulgar y despectivos para con la poesía y manera de vivir populares.

Tras esta exposición del pensamiento hazmiano, está de más cualquier intento de paralelismo con el Arcipreste de Hita. Este se limita a exponer la faceta moral del amor, a recriminar y ridiculizar el amor carnal, a dar consejos a los amantes y a exponer sus accidentes externos, como son la tristeza, pérdida de la libertad, la existencia de alcahuetas y chismosos. Elementos todos que se dan también en Ibn Hazm, pero enriquecidos por un hondo pensamiento estético y filosofía del amor. Es cierto que en alguna ocasión (muy pocas) alude el Arcipreste a cualidades morales cuando describe a una mujer. Pero siempre (y la mayoría de las veces, de modo exclusivo se fija sobre todo en la belleza física, frecuentemente expuesta con trazos sensuales. La acusación de «sensualidad» hecha por Américo Castro contra Ibn Hazm, se revierte íntegra en el Arcipreste de Hita. Igualmente tampoco se entiende el otro argumento aducido en pro del influjo hazmiano en el Arcipreste: la ausencia de distinción entre amor carnal y lícito en ambos autores. Sin duda que estos límites quedan borrosos en el castellano; pero lo que de ningún modo podemos hacer, es admitir la indistinción en Ibn Hazm.

Si en ambos autores se da un marcado sentido ético y moralizante, aparte del espíritu ascético y de la religión que a cada uno informaba de modo adecuado a sus creencias, pensamos poder hallarse otras raíces más profundas que la del simple influjo aducido como explicación del paralelo. Bien es sabido que Ibn Hazm conocía y vivía el espíritu del amor Udrí. Ahora bien, éste hunde sus raíces hasta los tiempos de la Yahiliyya en que la tribu de los Banu'Udra elaboró un concepto del amor, purificado, espiritual y ascético, muy probablemente, como opina D. Miguel Asín Palacios, al contacto con los ermitaños y anacoretas cristianos del desierto. Este espíritu se heredó a través de las minorías existentes en toda sociedad, descontentas con la depravación social reinante, hasta llegar a Ibn Dawud, en Bagdad, transmisor directo del amor udrí para al-Andalus. Al enfrentar a Ibn Hazm con el Arcipreste de Hita, no hacemos en parte, probablemente, sino poner de nuevo en contacto al espíritu cristiano (ahora castellano), con un residuo del mismo ya lejano, por haberse asimilado y que siglos atrás se depositó en manos de los Banu'Udra. Sin necesidad de interinflujo, ambos han reaccionado ante el amor de manera similar, por estar animados en el fondo de un mismo espíritu, o parecido; hecho, que se halla reforzado por ser Ibn Hazm y el Arcipreste

tan del mismo suelo español como hoy lo pueden ser un castellano y un andaluz, o como lo fueron Fray Luis de León, San Juan de la Cruz y Santa Teresa, cuyas figuras han bastado para encarnar el duro, ascético y austero espíritu español.

Llegados a este punto, no habría dificultad en admitir las demás semejanzas propuestas por Américo Castro, aun pasando por alto el que algunas sean un tanto discutibles: todas ellas se refieren al aspecto puramente formal de ambas obras. Más aún, el conocimiento que demuestra el Arcipreste acerca del mundo, vida, costumbres y creencias musulmanas, parece indicarnos un positivo intercambio entre cristianos y al-Andalus que muchas veces cristalizaba en el mismo lenguaje.

Pero no es nuestro propósito el literario o lingüístico sino el filosófico. Y desde este punto de mira Ibn Hazm y el Arcipreste se hallan muy lejanos. Las semejanzas formales y literarias podrán invitarnos a pensar en la posibilidad y aun probabilidad de que el Arcipreste de Hita conociese el «Collar de la Paloma». Más aún, que tuviese presente en la memoria algunos pasajes del mismo a la hora de redactar el «Libro del buen amor». Pero no estamos autorizados a concluir que el influjo llegase hasta el orden de las ideas, como pretende Américo Castro, de modo que el Arcipreste siguiese «las líneas directrices del «Collar de la Paloma» como «fuente efectiva» suya en todos sus aspectos.

Un abismo separaba a Ibn Hazm y al Arcipreste, salvado por el débil puente del posible influjo del «Collar» en el «Libro del buen amor». La obra del Cordobés pasó a la España cristiana, como parece ser de acuerdo con lo que hemos visto y según otros influjos posteriores más fundados por el mismo Américo Castro, como el de Fray José de Jesús y María en el s. XVII. Por otro lado, estamos más en el fondo del pensamiento estético de Ibn Hazm, lo cual ya no nos permite establecer meras influencias literarias. El camino se nos abre, pues, para explorar nuevas rutas en la literatura y filosofía medieval cristiana, en las que sin duda encontraremos nuevas huellas islámicas y tal vez hazmianas. La obra de Ibn Hazm está llena de ideas semejantes a las del medievo cristiano: filosofía de la luz, del lenguaje, moral, psicología, etc... y a la inversa: el occidente europeo transpira frecuentes y profundos contactos con el Islam. Ibn Hazm, por su estética y filosofía del amor medio cristiana y medio musulmana, puede ser una pieza clave para futuras investigaciones.

DR. JOAQUÍN LOMBA
Zaragoza

El Sr. Benito Durán interviene para subrayar el paralelismo, aunque haciendo notar que el pensamiento del libro del Buen Amor ni es pornográfico ni anticlerical,